

Identificada con los mitos de la urbe industrial, tierra de promisión y modernidad cultural, la capital catalana puede ser plataforma del país que Madrid considera su 'monopolio'

## Barcelona desde España

XAVIER CERVERA



**FARO DE VANGUARDIA**  
Los Juegos Olímpicos del 92 entronizaron a Barcelona como la urbe del diseño, el urbanismo y la arquitectura contemporánea

### CARLOS MÁRMOL

Una ciudad, además de un enclave geográfico, es un acto de fe sustentado en una convención. Cambia pues con el curso del tiempo. Es un nombre –siempre distinto, como las personas– que evoca ritos, símbolos y conductas que comienzan siendo propios hasta que se convierten en universales. La fundación de una urbe es un poema de autor anónimo. Al mismo tiempo se asemeja mucho al proceso de educación sentimental de un individuo.

Lewis Mumford pensaba que el material con el que están hechas las ciudades es el tiempo. En toda urbe conviven en paralelo, según su tesis, cortes de distintos momentos, la herencia de épocas pasadas y actuales, el patrimonio que otorga la historia y la destrucción que traen los cambios de mentalidad. Algo análogo sucede con sus habitantes: proceden de otros sitios o persisten en el lugar. Esto es accesorio. Lo trascendente es que lo comparten.

Barcelona es una aleación con estratos del pretérito, hechos del presente y profecías sobre el futuro. Un caudal alimentado por distintas aguas. Su perfil más clásico cohabita con un sinfín de heterodoxias propias. Burguesa y portuaria. Gótica y moderna. La gran capital de la España mestiza. Vista desde las afueras, la Ciudad Condal todavía retiene parte de su célebre capacidad de fascinación, aunque el tiempo haya modulado algunos vínculos subjetivos. Desde la admiración mayúscula se ha ido transitando hacia una perspectiva más pragmática.

En el Sur, la capital catalana ha sido un faro de vanguardia y una tierra de promisión. Un destino industrial donde la prosperidad no era una quimera y referencia ineludible de muchos movimientos socia-

les y políticos. Nuestra primera embajada (interior) en Europa y, en los años del tardo franquismo, el escenario para ejercer la libertad en un país que carecía de ella.

Esta estampa parte de la idealización: se canta lo que se pierde o, en su defecto, lo que no se ha tenido. La emigración meridional encontró en Barcelona un destino donde ensanchar su horizonte, aunque los pioneros, como ocurre en otras muchas partes, no lo tuvieron fácil. En la España de finales de los setenta ser cosmopolita equivalía a ser (o ejercer) de barcelonés.

La reverberación de su industria intelectual –capital editorial y centro de la galaxia popular que representaron las subculturas del underground, los cómics, los tebeos y las novelas de kiosko– o su conversión (circunstancial) en la sede oficiosa de la literatura hispanoamericana hicieron de la metrópolis catalana el gran ateneo de España antes de las autonomías.

El 92 consumó el salto (colosal) de escala: la modernización democrática, simbolizada por la Expo y las Olimpiadas, sacó al Sur del subdesarrollo. A Barcelona la entronizó como la urbe del diseño, el urbanismo y la arquitectura contemporánea. Era el lugar donde había que ir y, a ser posible, estar. El espejo en el que mirarse. Lo que parecía ser excepcional en Sevilla –una ciudad que, como escribió Chaves Nogales, se piensa cima de sí misma– en Barcelona se daba por supuesto. La España moderna era la Ciudad Condal.

Las fascinaciones mudan con los años. La deslumbrante imagen del 92, como sucede con los grandes relatos en un mundo irreversiblemente posmoderno, ha perdido parte de su seducción. Este desgaste inaugura otra etapa, no enunciada pero la-

/ Vista desde las afueras, la ciudad retiene parte de su célebre capacidad de fascinación, aunque el tiempo la haya modulado

/ La urbe catalana puede y debería ser contrapeso al centralismo si reformula su tradición de ciudad abierta

tente. En un país como España, articulado desde el punto de vista institucional al servicio de la *grandeur* (relativa) de Madrid, la urbe catalana puede –y sin duda debería– ser un contrapeso al centralismo si reformula su propia tradición: la ciudad abierta a todos los mares posibles, incluidos los terrestres.

La oportunidad requiere cuestionar lugares comunes y vencer resistencias. La principal es el factor ambiental. La segunda, el elemento cultural. Barcelona y Madrid compiten desde el siglo XIX en una dialéctica, ajena a los intereses del resto de España, cuya explicación tiene que ver

con el imaginario que sus élites tienen sobre sí mismas. Se percibe en los mensajes, conciliadores o agresivos, que se trasladan desde ambas orillas. Desde la idea de una hipotética capitalidad compartida a las pugnas que afectan al teatro y a las empresas.

Madrid añadió en el 2004 a su condición de centro político una idea de marca que postula un monopolio simbólico: la suma de todos. Barcelona, en cambio, ha sido identificada como cuna del Modernismo, capital del Mediterráneo, ciudad de los arquitectos y, en tiempos mucho más recientes, la zona cero del *procés*.

Desde una perspectiva ajena de la ensañación, su mejor cualidad es su indiscutible sensibilidad periférica. Otra forma (distinta) de identidad. Y un método para reinventarse. Los vínculos entre el Sur y la Ciudad Condal, guerras políticas al margen, facilitan las condiciones para que la urbe catalana ejerza como la gran plataforma de iniciativas de otros territorios a los que el Madrid oficial ignora, aunque se adjudique (de oficio) su representación simbólica.

La competencia entre Madrid y la Ciudad Condal, que en otras partes de España se siente como un doble centralismo, ayudaría a renovar la imagen de Barcelona como un espacio más fértil si, en vez de obstinarse en quimeras imaginarias, se aplicase al terreno práctico de lo funcional, tejiendo alianzas con otras ciudades y sociedades con las que los lazos culturales y sentimentales son estrechos, como con Andalucía. Convirtiéndose en una caja de resonancia alternativa al monopolio de Madrid. Contribuyendo a que cristalice una idea de España que sea tan mestiza como siempre ha sido Catalunya. /

/Se ha visto como cuna modernista, capital mediterránea y, en tiempos recientes, la zona cero del *procés*